

Jesús Díaz, el memorioso

UNA DE LAS OBSESIONES CENTRALES DE JESÚS DÍAZ FUE el ejercicio de la memoria. La primera vez que hablé con él, en una comida en La Habana Vieja, dijo algunas vaguedades sobre la necesidad del arte revolucionario, y no se demoró en algo mas bien demagógico y prefirió enlistar sus entusiasmos filmicos y literarios de la temporada. Más tarde, en una cena en México, ya enfrentado a la dictadura cubana, me refirió, conmovido y divertido, las dificultades de la disidencia dentro y fuera de la isla y me describió cómo el gozo creativo de la literatura le garantizaba también la salud mental. «De no escribir me hubiese vuelto loco». Luego, me dijo de memoria unas páginas de su novela en turno y me sorprendí poderosamente. Había encontrado muchísimos memorizadores de sus propios versos pero Jesús era el primero en aplicar la retentiva a fragmentos de su narrativa. Lo vi casi como un Montagg, el personaje de *Fahrenheit 451* que, ante la censura, la destrucción posible de los textos y los avatares del exilio, usaba como archivo el recuerdo puntual (Hay un proceso semejante en la experiencia carcelaria de Reinaldo Arenas).

Otra vez, en un coloquio en Berlín, habló de José Lezama Lima, ya entonces un gran símbolo de la continuidad de la literatura («los cotos de mayor realeza») en medio del oprobio autoritario. Y citó un texto largo de Lezama, imitando detalladamente la entonación, la voz asmática, las pausas del autor de «Para llegar a Montego Bay». Y en Miami, en una mesa redonda sobre la vida intelectual en Cuba, polemizó ardorosamente con algunos representantes del oficialismo castrista, antiguos amigos suyos. Por momentos, el debate se me volvía inalcanzable porque el tiempo parecía detenido en los ires y venires de un puñado de intelectuales que, en su lucha obcecada contra la burocracia, observaban melancólicos las deserciones en el camino.

En un vuelo de Madrid a México, hablamos de la experiencia triste de los sidatorios en Cuba, y de las crueldades

Carlos Monsiváis

y las imposturas en torno al asunto. Típicamente, Jesús precisaba, recordaba cifras, explicaba la conversión de una realidad trágica en propaganda. Y mi último diálogo con Jesús fue al cabo de la presentación de *Encuentro* en el Palacio de Bellas Artes de la Ciudad de México. Desbordante de proyectos como era habitual, me refirió la campaña en su contra promovida desde La Habana y no exhibió ni amargura ni frustración, sólo ironía. «Les obligan a ladrarme, porque ya morder les queda grande», comentó, y acto seguido elogió a un grupo de narradores de las generaciones siguientes a la suya, Abilio Estévez entre ellos. A momentos, Jesús hacía las veces de historia de la cultura cubana, de Virgilio Piñera a Chano Pozo, una cultura «entre Félix Varela y Kid Chocolate, entre José María Heredia y José Raúl Capablanca, entre Cirilo Villaverde y Mario Bauzá, entre José Martí y Celia Cruz».

Y todo el tiempo, la preocupación política. En Jesús, la crítica al castrismo era la búsqueda de la liberación nacional y el ejercicio de libertades, no tanto el deseo de proseguir anímicamente en las atmósferas de la isla (esto no requería de estrategias, correspondía a su respiración vital) sino el método de no cederle la propiedad de Cuba a la dictadura, concentrada en el nombre de Fidel. Si la afirmación parece muy exagerada, recuérdese que la pasión política de Jesús, como la de tantos, admitía y exigía conjeturas extremas.

Lamento muchísimo su muerte. Interrumpe un diálogo construido sobre las persistencias (del aprecio, de los temas, de las causas), pero deja abierta la puerta de la memoria, la que Jesús ejerció a fondo, la que le permitió movilizarse siempre atendido a lo esencial, la que renovó en cada instante su lucha por las libertades y la reconciliación.

Jesús Díaz continúa porque su obra y su causa siguen abiertas.